

SEOANE PINILLA, Julio. *Canallas ilustrados. Enseñanzas de la Ilustración poco ortodoxa*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2019, 166 pp.

El libro cuya reseña presentamos tiene un título agudo y elocuente: *Canallas ilustrados*. En efecto, reúne dos términos, «canallas» e «ilustrados», cada uno de los cuales otorga un «peso» al significado global del sintagma que, como una balanza, se halla en perfecto equilibrio. Así, «canalla» se dice, en cierta acepción que nos interesa, de aquel que vive de otro, como su parásito, al modo en que los perros comen de las migajas de comida que caen de la mesa de sus dueños. Su raíz latina, *can*, así lo indica, y su matiz peyorativo, en el caso de los filósofos, se compensa con la «buena prensa» de la que gozan, en general, los llamados «ilustrados».

Su autor, Julio Seoane Pinilla, cumple sobradamente con aquello que él mismo se propone con este libro, a saber, no tanto hacer historia del pensamiento de una serie de filósofos olvidados, sino presentar «algunas cosas interesantes» a propósito de ellos. Pretende así, con buen criterio, distinguir entre dos formas de «hacer filosofía»: la de la mera doxografía, en donde se nos da noticia «profesional» de una serie de ideas, sin que el autor se comprometa con ellas; y la filosofía como «crítica del presente», en la que las ideas «cobran vida» en cuanto que se actualizan, es decir, se las juzga, bien sea como útiles o inútiles, válidas o desechables. En particular, el autor se esmera en precisar el motivo por el que le interesan los personajes elegidos: «Mirar lo que se sale de nuestra comprensión del

mundo, escuchar un lenguaje que no entendemos». En definitiva, diríamos nosotros, reconocer en los autores (o sus personajes de ficción) tomados por locos, tontos o crueles aquellos derroteros extraviados de la razón que nos puedan confirmar que hemos elegido el camino correcto. O mejor, que el «camino correcto» solo es el resultado provisional de haber descartado otros caminos, a veces infranqueables, a veces, también, posibles. De ahí el sentido del subtítulo que le acompaña: «Enseñanzas de la Ilustración poco ortodoxa».

Atendiendo a su estructura, el libro consta de tres partes, cada una de las cuales está dedicada a dos personajes representativos de un género dentro del conjunto de los «heterodoxos». En la primera parte, «los malvados»: Mandeville y el Marqués de Sade; en la segunda, «locos archilocos»: el sobrino de Rambeau (un personaje de un libro «raro» de Diderot) y el protagonista de *El Cosmopolita* de Fougere de Monbron; y en la tercera, quizás la más académica, «los muy «ingenuos», casi tontos», con Hutcheson y Hume. No en vano, Julio Seoane, profesor de la Universidad de Alcalá de Henares, imparte la asignatura de Filosofía Moral y Política y tiene numerosos estudios, entre otros temas, sobre la Ilustración escocesa.

Ahora bien, la serie de los «canallas ilustrados» no estaría completa sin mencionar a los dos personajes que nos van a servir de guía a lo largo de todo el libro y cuyo protagonismo en la Presentación, titulada «Pero ¿existieron alguna vez las mujeres?», se deja notar a través de los diferentes capítulos. Ellos son la pintora Marguerite Gerard y el escritor Choderlos de Laclos. Los dos

van a ser el ejemplo de aquellos que, en determinada situación, se salen de la norma y rechazan aceptar los honores que la sociedad les brinda. La primera, Gerard, porque rechazó su ingreso en la Academia. Probablemente, en interpretación de Seoane, ella consideraría que su pintura de género, centrada en la «intimidad doméstica», quedaba fuera de lugar entre sus compañeros pintores, influidos por el historicismo de la Revolución. Lo cierto es que nada hay más burgués y representativo de la nueva época revolucionaria que la vida vulgar del hogar, de los ropajes y la decoración de interiores, pero eso ella, imaginamos, no podía saberlo... Y el segundo, Laclos, porque presentó un texto a la Academia de Châlons-sur-Marne que impugnaba la propia pregunta que la institución propuso responder, a saber, «cuáles serían los mejores medios para perfeccionar la educación de las mujeres». Su irreverente respuesta vino a decir, más o menos, que era absurdo que los señores se preguntaran por el modo de liberar a sus esclavos sin dejar de ser señores y dedicarse a responder estas preguntas gracias al trabajo de aquellos. Pues bien, tanto una como otro, tanto Gerard como Laclos, fueron capaces de manifestar en su propia vida la contradicción en la que se movía una sociedad que pregona la igualdad entre los ciudadanos mientras fomentaba otro tipo de privilegios, aunque no fueran directamente políticos.

Propiamente no queremos hacer un resumen del libro, sino una invitación a su amena lectura. Para ello, vamos a destacar algunas de esas «cosas interesantes», en palabras de su autor, que el libro nos sugiere.

En primer lugar nos preguntamos si habrá algún orden o razón filosófica detrás de la clasificación de los «malvados», «locos archilocos» e «ingenuos, casi tontos». Y creemos encontrar, siguiendo las tres Ideas clásicas de la Metafísica (Mundo, Alma y Dios), una correspondencia entre estas y aquellos. Ensayemos su vinculación.

Por lo que respecta al Mundo, entendido al modo físico, tanto Mandeville como Sade nos ponen de manifiesto que la naturaleza animal del hombre, en su nuda condición material, está reñida con las virtudes clásicas, las cuales suponían, más o menos, un alma espiritual. El primero, médico de formación, y el segundo, seguidor del materialismo corporeísta de D'Holbach, en consecuencia, combaten la ficción de la Cultura como Reino elevado del Hombre sobre la Naturaleza. Bien es cierto que el materialismo grosero puede hacer de la Naturaleza una divinidad, pero, según aprendemos de la lectura de Seoane, estos autores son lo suficientemente satíricos como para no caer en dicho exceso. Incluso reconocemos como uno de los pasajes más brillantes del libro, cuya prosa de por sí lo es, aquel en el que el autor se pregunta por la relación entre el ateísmo de Sade y su materialismo. No nos resistimos a citar el párrafo en el punto álgido del discurso:

Ahora bien, ¿por qué sin negar a Dios no podemos comenzar a pensar? La respuesta es sencilla (y creo que dice mucho acerca de cuál es el interés que hoy puede llevarnos a Sade): porque la vida no es humana cuando Dios aparece, porque decir no a Dios, en primer lugar, apuntala

la vida humana, meramente humana, y lo hace con el mortero y herramientas de nuestro relato que no es un relato cualquiera, sino aquel que subraya su contingencia –su vida azarosa– y que, al cabo, nos muestra la vida como un suceso finito y «experimental», pronta a cambiar [...].

Siguiendo con la Idea de Alma, recogemos los pensamientos de estos dos «locos» que miran al mundo desde su individualidad psicológica, bien que elevada, en cuanto entran en relación con los demás, a su condición de persona. La paradoja que destaca Seoane es que, en su mera condición individual, el hombre no se puede explicar a sí mismo, sino que somos, ante todo, seres que se ven a través de los ojos ajenos. A propósito del sobrino de Rameau, personaje sin nombre, nos parece muy interesante la digresión que el autor desarrolla sobre la «Tercera Persona» como «lugar» de la objetividad. Así, el pobre loco, que no tiene identidad, solo cobra personalidad en el diálogo con Diderot, el cual se percata, entre extrañado y confundido, de la admiración que nos produce la locura.

En esta línea, la recuperación que Seoane nos ofrece del personaje de *El Cosmopolita o el ciudadano del mundo* de Fougeret de Monbron consiste en librarle del sambenito de misántropo que muy pronto se le colgó. Sin duda, como libro de viajes, Monbron se fija, más que en el paisaje, en el paisanaje, por usar la distinción de Unamuno. Y la experiencia del trato recibido, a pesar de entablar amistades y observar la bondad allí donde se encontrara, no le permitió tener una idea muy halagüeña

del hombre. Con razón Ange Goudar, comentarista de su época, llamó «ateo social» a este curioso personaje. Una fórmula, por cierto, la del «ateísmo social», que nos parece todo un descubrimiento de nuestra lectura. Volvamos a escuchar a Seoane, ahora defendiendo a Monbron:

[...] efectivamente, no es misantropía, es descreimiento: no podremos ser nunca como dioses y somos tan poca cosa que a ninguna ley universal podremos jamás llegar; no somos más que los caracoles o las hierbas que crecen cerca de nuestro tonel y tratar de reunirnos en un orden que gobierne el universo o en una naturaleza humana que nos vincule es algo que nos excede con mucho.

Por último, la Idea de Dios, aunque no lo parezca, casa muy bien con las cuestiones presentadas sobre la Filosofía Política y Moral de Hutcheson y Hume. En efecto, si uno de los *leitmotiv* de la Ilustración es la conquista de la felicidad humana, considerando que el hombre, por sus solas fuerzas, es decir, sin necesidad de la intervención divina, es capaz de instaurar un orden social y político que pueda ser lo más parecido posible al paraíso en la Tierra, no tiene nada de extraño que los grandes moralistas del siglo XVIII utilicen conceptos de gran peso teológico. El mismo concepto de la «felicidad», sin ir más lejos, es ya la «traducción laica» de la beatitud que solo se conseguía mediante la contemplación de Dios en el cielo.

De alguna manera, el hecho de que Seoane, apelando al dicho popular, considere la moral de Hutcheson la propia de aquel que «de tan bueno

es tonto», es porque ya está presentado críticamente el principio en el que se basa esta filosofía: los hombres, por el sentido moral (semejante al sentido del gusto, de la vista o del tacto), tenemos una inclinación natural a hacer el bien. Y esta noción del «sentido moral», que trata a los conceptos de «bueno» y «malo» del mismo modo en que hablamos de las cualidades sensoriales de «rojo» y «verde», nos advierte, «uniforma a todo Escocia».

Así, la crítica de Hume a este concepto, conviniendo en que no casa con la experiencia real de la sociedad comercial contemporánea, solo significa su refinamiento. El escéptico escocés aceptaría que solo funciona en sociedades pequeñas (lo que nos recuerda aquello que decía Rousseau en el *Contrato social* sobre la democracia, que solo vale para Suiza y poco más). En verdad, sin deshacerse realmente del concepto del «sentido moral» de Hutcheson, nos ofrece un «mecanismo» que lo explica mejor: la simpatía (*sympathy*). La traducción española que Seoane prefiere de este término –recordemos que es un estudioso de esta filosofía– es la de «empatía». Y a pesar de la vulgarización que el mismo ha sufrido (casi se puede decir que es una palabra de moda en el español de nuestros días), gracias a la explicación del expositor nos damos cuenta de que el término «empatía» es más técnico de lo que parece. No solo es «ponerse en el lugar del otro», sino llegar a compadecernos de sus sentimientos a través de la impresión que nos provoca la idea que tenemos de ellos.

En todo caso, esta «filosofía escocesa» nos permite recordar la razón por la que hemos comenzado aplaudiendo el título de este libro, *Canallas ilustrados*. Y es que esa idea tan ilustrada de que el hombre puede conseguir la felicidad en esta tierra, gracias a su autonomía respecto de Dios, sigue suponiendo la concepción teológica del mundo, aunque solo sea en sus efectos. Y así como el perro (de ahí «canalla») necesita vivir de la comida que le da el amo, el Nuevo Régimen revolucionario seguía necesitando las instituciones del Antiguo Régimen en las que descansaba la propia Nación política recién nacida (lengua, fronteras, costumbres, religión...). ¿En qué idioma hablaría el curioso de Monbrón allí donde su voluntad le llevaba? ¿Sentiría Hume «empatía» por los esclavos negros gracias a los cuales se pudo levantar el imperio inglés?

Con ello nos damos cuenta de que hay determinadas ideas cuya crítica –y acaso definitiva demolición– necesita, como poco, de un par de siglos de «ejercicio filosófico». En particular, la lectura de este excelente libro nos ofrece algunas ideas que pueden reutilizarse en esa labor de criba y clasificación en que consiste la historia del pensamiento. Por nuestra parte, agradecemos a Julio Seoane haber recuperado no pocas «cosas interesantes» de los curiosos, descreídos, personajes de «corazón encallecido», que nos resultan, en el fondo, mucho más humanos que los «empáticos» de nuestros días.

Atilana GUERRERO SÁNCHEZ